



Joan Castro

Baltasar Garzón
Juez

«España y Catalunya dieron imagen de país moderno»

JUAN FERNÁNDEZ

En la memoria de Baltasar Garzón, los recuerdos de Barcelona-92 ocupan dos lugares muy distintos dependiendo de si en ese momento vestía la toga de juez o iba de ciudadano de a pie. Como magistrado titular del Juzgado Central número 5 de la Audiencia Nacional le tocó implicarse a fondo en una de las facetas más ingratas de una celebración de este tipo, la de la seguridad, que solo es exitosa cuando no da noticias. En este caso sí las hubo, pero positivas, y ocurrieron antes de la inauguración de los Juegos.

El 30 de marzo de 1992, las investigaciones llevadas a cabo en el juzgado de Garzón permitieron detener a la cúpula de ETA en la localidad francesa de Bidart. La banda armada tenía previsto aprovechar las Olimpiadas para darse a conocer en todo el mundo, pero aquella operación frustró sus planes. En julio, a escasos días del inicio de las competiciones, la Policía detuvo, por orden del magistrado, a 45 personas vinculadas al grupo terrorista Terra Lliure. «Iban a colocar artefactos explosivos durante la celebración de los Juegos. Fueron años muy duros, de mucho trabajo», recuerda el juez.

Pero todo eso fue antes de que Antonio Rebollo encendiera el pebetero con su flecha en llamas y los deportistas se convirtieran en los únicos protagonistas de los noticieros. «Estaba en Galicia pasando las vacaciones con familiares y amigos

y me desplacé desde allí hasta Catalunya para ver los Juegos en directo. Estar en Barcelona esos días fue como un regalo, recuerdo momentos insuperables», dice en alusión a varias pruebas que pudo presenciar desde las gradas.

En su memoria quedará siempre grabada la emoción que sintió en el Estadi Olímpic el día de la final de 1.500 metros lisos, con Fermín Cacho alzando los brazos y colgándose el oro, y la prueba de 400 metros lisos, con los atletas de Estados Unidos «volando» sobre la pista. Ver actuar al mejor equipo de baloncesto de todos los tiempos es algo que deja huella. No en vano, Garzón sigue recitando hoy aquella alineación como si fueran artículos del Código Penal: «Michael Jordan, Larry Bird, Charles Barkley, Magic Johnson... Resultó magnífico ver al Dream Team jugando la final contra Croacia».

Pero si hay un lance de los Juegos que guarda con especial cariño es la final de fútbol entre España y Polonia. «Me emocioné con todos los triunfos españoles, pero aquel gol de Kiko Narváez en el último minuto fue inenarrable. Además, para un culé como yo, que aquello ocurriera en el Camp Nou tuvo un aliciente añadido», cuenta.

Garzón no tiene duda de haber visto esos días con sus ojos «los Juegos Olímpicos mejor organizados de la historia reciente». De aquel éxito, dice, se benefició Barcelona gracias al «vuelco que experimentó como ciudad». Pero, en su opinión, el eco positivo se extendió a todo el estado. «España, con Catalunya de la mano, ofreció una imagen de país moderno capaz de crear unas Olimpiadas difíciles de superar», asegura. ■

Detuvo a miembros de
Terra Lliure que iban a
atentar en los Juegos

JOAN DOMÈNECH

Recuerda tres horas de tranquilidad y paz en medio de dos años y medio de trabajo intenso. El paréntesis de sosiego coincide con la ceremonia de inauguración. La vio sentado en la grada. Un privilegiado afortunado por la gracia del azar, en el sorteo de entradas que hubo para los empleados y le tocó a él.

«Me cayó alguna lagrimilla en la inauguración», confiesa sin rubor Sandro Rosell, tan emocionado por el espectáculo como feliz por ver la culminación del trabajo hecho. La primera jornada cerraba el trabajo previo de la construcción de un proyecto colosal en manos de una generación entusiasta, que tiró de ilusión donde faltaba la experiencia. La ceremonia del Estadi Olímpic era como enseñar un catálogo al mundo de lo que Barcelona, su gente, sus trabajadores, sus voluntarios, sus habitantes eran capaces de hacer: los mejores Juegos hasta entonces conocidos.

Con las lagrimillas se desprendía la tensión contenida. Días antes se había conocido un informe que pronosticaba lluvia aquel 25 de julio, que sumió a los trabajadores en una tarde de «mal rollo» por la amenaza que se cernía. Esa preocupación se diluyó en la víspera, aunque se habían tomado medidas para que la flecha de Antonio Rebollo encendiera el pebetero bajo la hipotética lluvia.

Rosell se sentó en la grada, dándose un respiro en su trabajo como uno de los responsables de marketing internacional. A su cuidado, como los compañeros en el departamento que lideraba Antoni Rossich, director de la División de Marketing —los papeles se invirtieron luego en 2010, cuando Rosell fue presidente del Barça y designó a Rossich como director general—

Fichado por Rossich
para los Juegos, luego
fue él quien le reclutó
para el Barça

tenía bajo su tutela cinco empresas patrocinadoras que también lo eran del COI: 3M, Kodak, Coca Cola, NBC y Mars, más la revista *Sports Illustrated*.

Su labor consistía en mantener la relación con los espónsores y revisar todas las acciones que se hicieran en el mundo relacionadas con los Juegos. «Fueron tres años a tope, estresantes, pero muy bonitos a la vez», recuerda con el tiempo, dando valor a las cinco horas de asueto de la jornada inaugural. Al día siguiente, ininterrumpidamente hasta la ceremonia de clausura, permanecía en el *village* donde los patrocinadores tenían sus carpas.

Aceptó a gusto, subraya, meterse en «el fregao» que se avecinaba y sacrificar parte del sueldo que percibía como comercial en Myrurgia para ir al COOB. «Casi todos perdíamos un 20% del sueldo de nuestros respetivos trabajos, porque Rossich, como luego hizo en el Barça, miraba mucho la pela», relata Rosell.

Era un trabajo con fecha de caducidad, que en algunos casos se alargó hasta los Juegos Paralímpicos de septiembre y, excepcionalmente hasta final de año. Rosell volvió a ser uno de los escasos agraciados para escribir y documentar la memoria de cada departamento en los Juegos.

Luego se dedicó a sus negocios, y a ellos ha vuelto Rosell después de la presidencia del Barça (2010-14) y el ominoso paso, preventivo e injusto, por la cárcel, ensuciado por las cloacas del Estado. ■

Sandro Rosell

Responsable de 'marketing' internacional

«Me cayó alguna lagrimilla en la inauguración»



Joan Monfort